

HISTORIAS DE TAMMERLANE

de Federico Tarántola

presenta...

CIERVOS PASTANDO

Se detuvieron entre las ramas.

Carlos se asomó lentamente y descubrió el ciervo que su padre había divisado segundos antes.

- Lo veo, papá! – dijo el joven de apenas 15 años.

- Muy bien, Carlos. Ahora es cuestión de precisión. La presa está indefensa, distraída. Está comiendo con tranquilidad. Quizás puede que huelga algo, un poco de nuestro sudor... pero está lista, “servida en bandeja”. Y ese es su error: cree que nada va a pasarle en su vida. Proyecta el haber sobrevivido estos años en que otros murieron y otros van morir... nunca va a pasarle nada a él. Y ahí entrás vos: lo único que tenés que hacer es asomar el arma entre las ramas, apuntar y disparar.

Carlos alzó su escopeta, fijó su objetivo y se preparó.

- Cuando estés listo, apretá el gatillo. Quiero ver cómo mi hijo se carga a ese maldito ciervo engreído. Quiero ver como mi hijo ejerce un dominio sobre ese animal, se impone y demuestra que siendo ciervo siempre se estará acechado.

Carlos disparó.

El animal recibió el balazo en la cabeza, y cayó muerto al suelo.

- Bien hecho!!! Un perfecto disparo!!! Vamos a verlo!

El joven y su padre, el Vicegobernador de Tammerlane, se pusieron de pie.

El hombre incitó a que su hijo avance adelante y llegue primero al cuerpo.

Carlos soltó su escopeta y corrió contento. Sus piernas no dieron abasto hasta llegar a su premio, su presa, su trofeo... En su alma estaba el orgullo del ganador, del imponerse sobre algo, y en su sangre viajaba la fuerza de la seguridad, de que era él quien tenía el control de las cosas, de todo.

Su padre alzó la escopeta y le disparó por la espalda.

El muchacho dio un giro y cayó al piso, boca arriba, sin siquiera emitir un gemido. Y allí quedó tendido.

El Vicegobernador de Tammerlane llegó hasta su hijo, lo miró con cierta tristeza y luego se detuvo en el paisaje, pensativo.

- De eso se trata, hijo: de estar atentos... Dios me perdone por lo que acabo de hacer, pero tenía que hacerlo. De otra forma, no sabría hasta cuando iba a poder contenerte...

Días antes, Carlos había tenido el error de escuchar desde la puerta del despacho de su padre. El Vice hablaba con algunos hombres importantes

como el Gobernador y Nicolás Bluemoon, y discutían el tema de la llegada de un misterioso hombre al Pueblo: un forastero. Lo increíble de todo aquello, era que quedaba revelado la existencia de la vida fuera de Tammerlane, la existencia de otros Pueblos, otras Ciudades... y se habían tenido que encargar del hombre para no alarmar a la sociedad.

- Qué pasaría si descubriesen que hay vida fuera de Tammerlane? – había dicho el Vicegobernador, a la vez que se autorespondía – Sería el caos! Se irían todos, se acabaría nuestra sociedad, nuestro Sistema, nuestra Economía. Entrarían en pánico y destrozarían todo...

- ... y habría que tomar medidas muy fuertes para detenerlos. – agregó el Gobernador.

- Por sobre todas las cosas, despertarían: y si despiertan, es el fin de lo que este Gobierno impone. Se mezclarían con esas otras culturas, “crecerían” y se convertirían en nuestro propio enemigo. – explicó el millonario Bluemoon.

- “Despertarían” – repitió el Vicegobernador, en el medio del claro del bosque, aquella tarde, después de dispararle a su hijo. – No podía permitir que lo supieras. Podías contarle a un amigo, y ese amigo lo haría con otro, y ese a otro y otros... y sería el final de Tammerlane... Lo siento, hijo, pero era mi deber silenciarte. Aunque me hubiese gustado que hayas estado alerta como lo estuviste aquel día escuchando, y seas vos el que me dispare a mí.

Un balazo sonó en el medio del inmenso silencio.

El Vicegobernador cayó de rodillas al piso, con sus manos conteniendo la herida en el pecho.

Para su sorpresa, miró a su hijo, el cual se incorporaba con un revólver en la mano.

- Puse balas de salva en tu escopeta, papá. Sabía que ibas a intentar asesinarme.

- Pero...

- Ya está todo dicho. No quiero más explicaciones. Aprendí todo de vos, todo lo que me diste, todos los consejos... Gracias a vos, supe cuándo y dónde tenía que estar alerta, y no distraerme “pastando” para quedarme “servido en bandeja”.

Apuntó a la cabeza de su padre, y disparó una vez más.

Por la noche, llegó a una comisaría, con aspecto perturbado.

- Asesinaron a mi padre!... Eran dos hombres de a pie... Me perdí en el bosque buscando ayuda...

Una semana después, Carlos estaba nuevamente en el bosque haciendo lo que mejor sabía hacer: cazar, y conectarse con sus sentidos.

Y ese día cazó otros dos ciervos.

FIN